



## Escrituras de la lengua del resto: filosofía, estética y política en la poesía testimonial colombiana

Angélica Hoyos Guzmán

Universidad del Magdalena, Colombia<sup>1</sup>

## **Extracto:**

La investigación que desarrollo ubica a la poesía testimonial difundida durante la época más cruenta del conflicto armado en Colombia. La proliferación de esta se explica a partir de una propuesta filosófica acerca de la sobrevivencia en la cual, pienso, puede identificarse como la edad de los poetas (Badiou 2011), (Badiou 1989), en la medida en que tiene la esencia del romanticismo, la idea de que la poesía es la filosofía y la filosofía se llena de poesía durante la época de las guerras. En este ambiente de época hay una vuelta a la esencia en la lírica y esta responde ante la consciencia de la finitud, de respuesta vital a la existencia gracias a ella, por supuesto con un sustrato fuertemente Heideggeriano.

La violencia hace parte del panorama socio histórico de Colombia a lo largo del siglo XX como forma necro política de organización y presencia del orden estatal y no estatal, con implicaciones en comunidades rurales y urbanas, tal como lo analizan los violentólogos (Pécaut 2001), (Uribe 2004), (Serje 2012). En este mismo marco, la poesía colombiana ha tenido sus tendencias y sus lecturas canónicas que alejan el género de la realidad social (Vivas 2001), (Cobo Borda 1980). Estos relegan el testimonio y las relaciones entre poesía y violencia y designan lo testimonial como textos sin calidad literaria o motivados por las pasiones. A su vez, hay tendencias dedicadas al análisis de los tropos, metáforas y a la identificación de los cánones alternos como el de la *Poesía* 

\_

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup>Docente del Programa de Antropología de la Universidad del Magdalena, Investigadora del Grupo de investigación sobre oralidades, narrativas audiovisuales y cultura popular en el Caribe Colombiano, ORALOTECA. Candidata a doctora del Programa de Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar- Sede Ecuador.





*testimonial*, nombrado así durante los años de violencia bipartidista en el país, por la crítica realizada en el extranjero (Urbanski 1965).

La investigación que desarrollo ubica a la *poesía testimonial* difundida durante la época más cruenta del conflicto armado en Colombia. La proliferación de esta se explica a partir de una propuesta filosófica acerca de la sobrevivencia en la cual, pienso, puede identificarse como *la edad de los poetas* (Badiou 2011), (Badiou 1989), en la medida en que tiene la esencia del romanticismo, la idea de que la poesía es la filosofía y la filosofía se llena de poesía durante la época de las guerras. En este ambiente de época hay una vuelta a la esencia en la lírica y esta responde ante la consciencia de la finitud, de respuesta vital a la existencia gracias a ella, por supuesto con un sustrato fuertemente Heideggeriano.

Sin embargo, aunque este fundamento esencialista se podría considerar como una característica de la edad de los poetas, en Colombia lo que observo es que se piensa en el papel de la poesía, en su función social frente a la violencia, desde las propuestas y texturas de los lenguajes presentes en las formas de escritura del resto, de lo que queda a pesar de la guerra, de la amenaza de muerte antes de pensar la muerte en sí, del despojo de la vida como forma de destrucción naturalizada que crea un imaginario de la sobrevida. En esta estética se encuentra el origen de la herida y la falta que enlaza a la comunidad (Espósito 2007), en los ensamblajes de lo que sobrevive, las imágenes sobrevivientes.

La escritura poética del resto no es única, ni uniforme, no es estrictamente lírica o romántica, sino que es también movimiento entre géneros, inclusión de texturas diversa; es resto que configura otras representaciones, resto del lenguaje común, del dolor común, de las ruinas comunes. Es lo que queda y le da cuerpo a otra textualidad, la del testimonio, la de los afectos, la de las imágenes ecológicas: de lo animal, de lo vegetal, de los paisajes. Son otros estilos y temas los que bordean y perfilan lo político.

La escritura se configura como desplazamiento entre los afectos, el pathos que permite la fuerza creadora, la pasión (Bordelois 2006) y lo que se entiende por afectos; además, como un sistema de representaciones donde la naturaleza le restituye al pueblo todo aquello de lo que se le ha despojado. La poesía testimonial crea un país imaginario, fragmentario, de múltiples representaciones, para hacer desde allí una apuesta por la justicia. Con estos movimientos, que también se dan entre la experiencia individual y colectiva, la escritura del resto es desapropiada en el sentido en el que la entiende Cristina





Rivera Garza: el concepto y la práctica de la propiedad, pero en una interdependencia mutua con respecto al lenguaje (Rivera Garza 2013, 22). Un proceso de movimiento, afecto y desplazamiento de los cuerpos textuales, que parte de la lectura crítica del mundo en el autor y que busca contagiar de ella al lector a través de los bienes comunes que circulan como lenguajes. Tal como se entiende este desplazamiento desde la definición misma de testimonio:

El testimonio es el recipiente en el cual se vierten o del cual desbordan, en primer lugar, el acontecimiento; en segundo lugar, su relación con aquel que lo «cuenta» y con aquellos a los que se refiere; y en tercer lugar, la escucha que recibe el testimonio. El testimonio actúa también como una suerte de catalizador ya que, una vez emitido, transforma el acontecimiento en narración, a quien cuenta en testigo y a quien escucha en juez —o en testigo por delegación, si considera que aquello que le ha sido confiado debe ser recordado, repetido o traducido. (Sánchez Gómez 2018, 21)

Estas formas de la poesía utilizan el testimonio como registro, pero al mismo tiempo lo transgreden con la poesía; no buscan una verdad al declarar los hechos de violencia, ni narrar estrictamente los acontecimientos como se lee en la definición propuesta, sino la representación múltiple, el registro de las pasiones para hacer sensible al lector desde la huella de la violencia y el resto en la poesía. La poesía del testimonio es un discurso que se enfrenta a las violaciones de derechos humanos, desplazamiento y desaparición forzada, a la impunidad y a las políticas institucionales de la memoria.

El poema testimonial transgrede incluso, lo institucionalmente memorable porque no busca ni servir como archivo, ni evidenciar una verdad; ni declarar o probar la condición de la guerra. Busca *empatizar*, afectar la subjetividad, escuchar a la víctima y sacarla del lugar del espectro; busca la sobrevivencia al movilizar las imágenes con la potencia colectiva de denuncia de los afectos, y es el lugar donde se vuelve a *reterritorializar* lo sentido: en la representación de lo animal, lo vegetal, el paisaje. Todo ello constituye la condición de la sobrevivencia. Este gesto del testimonio es entonces, lo que comprende Didi-Huberman (2016) como la emoción, esto es: el movimiento que la pasión crea a partir de una conmoción, para movilizar otro afecto.

Considerando lo anterior, analizo un corpus de publicaciones entre 2000-2017, la época más cruenta del conflicto armado reciente<sup>2</sup>, hasta lo que va del siglo XXI donde se

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup>Según el Informe del Centro de Memoria Histórica *¡BastaYa!* publicado en el 2015, se considera un recrudecimiento de la violencia entre 1980-1990. Cuento aquí con las publicaciones que se pudieron haber escrito en esa época y que se publicaron póstumamente a comienzos del nuevo milenio. Considero





implementan las políticas de la memoria y el discurso del posconflicto. Escojo este período porque noto aquí una construcción autoral socio histórica que crea una suerte de poética pública comunal: la del(a) poeta testigo(a), lo cual me permite identificar una relación entre poesía, filosofía y justicia. Presento el corpus de poetas testimoniales, atendiendo a esta estética de la sobrevivencia que los hace crear desde los afectos y la representación de lo animal. Me interesa la construcción del autor como poeta testigo (a), su poética pública desde el gesto de la escucha a los problemas de la guerra y la memoria, así también, el movimiento de los afectos en el ensamblaje de la potencia imaginaria de lo animal como diálogo público.

## Poetas testigos (as)<sup>3</sup>: La autoridad testimonial

El planteamiento que desarrollo a partir del corpus seleccionado es que la poesía testimonial en Colombia registra un *sensorium* político, filosófico, estético de la sobrevivencia, donde los autores (poetas testigos(as) asumen la escritura como un desplazamiento entre lo narrativo y lo poético, entre la representación de la guerra y de lo ecológico como potencia colectiva y de resistencia, entre las intensidades afectivas y los registros de la memoria y el olvido. Esto es lo que considero como las pasiones y representaciones de lo que sobrevive y es lo que defino a partir de los análisis, como las escrituras del resto.

En el primer grupo tomo los poemas de Julio Daniel Chaparro quien escribía además crónicas para el periódico El Espectador. Fue asesinado en pleno ejercicio periodístico en 1999. Sus poemas se encuentran reunidos en el proyecto de la página de la Unidad de Víctimas (Chaparro 2016) y su único libro fue publicado póstumamente por la Editorial El Zahir (Chaparro 2012). Tengo que hablar también sobre el nombramiento que Julio Daniel Chaparro le hace a la generación que está escribiendo en esos momentos y de la cual son víctimas los poetas asesinados; Chaparro (Chaparro 1990) la llama la

-

además que este periodo se extiende hasta el establecimiento de políticas de justicia, verdad, reparación y memoria en Colombia.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup>Escribo esta variante de testigo, para indicar que existe también una escritura de poesía desarrollada por mujeres en el marco de esta producción poética actual y de su construcción autoral, que en el caso de las mujeres atiende a la diferencia no de la escritura sino de las condiciones sexo genéricas que implican la escritura ejercida por mujeres.





*generación emboscada*, aquella que recibe la violencia en su experiencia vital más intensa y dice que frente a ella la poesía se vuelve más lírica, más hacia el lenguaje.

Otra tendencia de escritura en este grupo es al uso de lo coloquial y a las formas del documento y la crónica, a los que el mismo Chaparro desdeña por considerarlos lugar común. Entre ellos, encontré los poemas de Tirso Vélez, Gerson y Edwin López (Gómez Mantilla 2013). Tomo una breve selección que aparece en la *Antología palabras como cuerpo*s, editada por Saul Gómez Mantilla (2013), la cual convoca a varios de los amigos cercanos de estos poetas asesinados por el Bloque Catatumbo de las A.U.C. durante el 2003 para escribir en memoria de los tres. Del primero, además, se publicó un libro memorial en 2018, que se titula *Poemas perseguidos* y reúne la poesía del autor que incluyo como parte del cuerpo de análisis.

El segundo grupo que encuentro es el de aquellos poetas que han perdido a alguien en medio del conflicto. Noto que escriben desde sus experiencias de duelo, una necesidad del testimonio y una culpa íntima que implica nombrar el crimen, hacerlo ver a partir de otros parecidos. Por ello se denuncia también una responsabilidad colectiva, se transmite el delito, los delitos, al lector para moverlo. En este sentido, las personas hacen duelo a través de la poesía; los poetas testigos, como autores entregan su testimonio afectivo, movilizador y lo entrelazan con otros como si fueran uno solo.

Llamo a este grupo el de poetas dolosos, en la acepción del derecho penal que une este tema al de la justicia, el del delito nombrado en los poemas, el cuerpo de un delito y sus responsables nombrados desde el dolor de la pérdida. Es decir, con una intención de transgredir desde el léxico jurídico, dónde el dolo implica también una emocionalidad, un pathos registrado que se ejerce desde la poesía. El acto de escritura se vuelve un testimonio del dolor y una forma de nombrar los acontecimientos, los cuerpos del delito; no es solo desde el dolor privado, sino desde el ritual público de todo lo posible de nombrar crimen. Es un ritual que va entre lo íntimo y lo público para darle un sentido, o más bien reclamarlo, de justicia, aunque los textos no se constituyan como estrictamente jurídicos.

Los poetas dolosos hacen de la poesía una forma de sobrevivencia en común desde el duelo colectivo y el nombramiento del crimen a partir de la pérdida, registran la intensidad de la violencia en el colectivo de la Colombia imaginada y múltiple que invocan. En este segundo grupo podemos ubicar el trabajo de: *Conversación a oscuras* 





(Benavides 2014); Rostro que no se encuentra (2009); Regresemos a que nos maten amor (Ariza Navarro 2008); Amazonía y otros poemas (Galeano 2011), Poemas de la guerra (Torres 2000) y algunos poemas de Katábasis (Estrada 2017).

El tercer grupo es el de los poetas condolidos quienes asumen el dolor de los otros y de sí en un gesto de vulnerabilidad y apertura de la experiencia íntima de los otros y de materialidades otras para la construcción de sus propuestas poéticas. Con ello crean un registro poético testimonial desde su propia voz que es otros en nosotros, desde la empatía como política y creación verbal (Bajtin 2000). Incorporan sus afecciones, las sienten y buscan hacer sentir a los lectores con ellas. En el tercer grupo entonces, puedo ubicar a los siguientes trabajos: El sol y la carne (Noriega Charry 2015); Asma (Delgado Fabio 2015); Seré tu voz (Romero 2015); Al otro lado de la guerra (Acosta 2010), Tempus (Vargas Carreño 2014); Soportar la joroba (Valcke 2011) Péndulos (Valbuena 2010); Memorial del árbol (Gómez 2013); Los días derrotados (Pardo 2016); Música lenta (Romero Guzmán 2015); Puerto calcinado (Cote 2003), Circulando (Andrade 2009), Postal de la memoria (Cordero Villamizar Luz Elena 2009), El bosque de los espejos (Rodríguez Nana 2002).

Tengo que decir que es difícil ubicar un registro poético que marque biográfica o explícitamente la diferencia entre aquel que ha sido víctima de la guerra o aquel que la siente como propia y la desapropia. Pienso en ello por la dificultad de ubicar un trabajo en uno u otro grupo, el de los poetas dolientes o los poetas dolosos. Esto se debe tal vez a que en Colombia, después de un siglo de violencias, todos tenemos en nuestra historia algún evento, acontecimiento o experiencia relacionada con el tema; sin caer en la generalización, pues se trata de una habitualidad de la violencia, de un régimen sensible que conversa cotidianamente con las identidades, personalidades y culturas del país; de su naturalización, la cual recientemente tiene el ingrediente de la memoria, que se vuelve entonces el lenguaje oficial del resto.

A estas sensibilidades y estas condiciones de indeterminación entre lo individual y lo público de la experiencia, los y las poetas que estudio, responden con una estética y política comunal que delinea las razones en común de la sobrevivencia.

He encontrado entre el corpus un poema que para mí representa una síntesis de la mirada del poeta testigo(a), de su gesto de escucha ante la resonancia de la imagen y el pathos como posibilidad creadora; como fundación de lo poético, en el caso de la poesía





testimonial. Quiero proponerlo como síntesis de mi planteamiento para clarificar lo que entiendo por poesía testimonial, por poeta testigo (a) y sus relaciones con el contexto de la violencia vivida en Colombia. Voy a hacerlo entonces desde la potencia que me ofrece la imagen poética, la apuesta del autor por retratar el proceso de escritura, por registrarlo con la imagen:

Boítas

Un día un hombre se despierta con los dedos convertidos en boas pequeñitas. Su habitación es una caja de cables moviéndose por todas partes y los niños les ruegan a sus madres que los lleven a jugar con las boítas.

Las boas no se quedan tranquilas ni un minuto; se abrazan con fuerza a los muebles

(que ya empiezan con sus quejas), y salen a enredarse en los árboles vecinos. Los familiares y amigos se preocupan y tratan de arrancárselas de las manos,

pero el hombre se pone a gritar diciendo que son las venas de su corazón (Galeano 2011)

Me remito a la imagen de la Hidra de Lerna, del monstruo de la guerra, en el sentido de las nuevas formas de colonización que en lo contemporáneo ejercen opresión contra los pueblos; al margen quedan así indígenas, afrocolombianos, campesinos, mujeres, toda la población que hace parte de las zonas rurales en Colombia. La autoría está resonando ante ese marco. La imagen es la del monstruo al que no se le puede vencer, porque cada vez que se le corta la cabeza aparece otra, esa ritualidad cíclica de la violencia se puede pensar en el contexto contemporáneo en Colombia, como una circularidad que arrasa contra las poblaciones a lo largo de la historia.

Han sido varios los procesos de paz que ha vivido el país. El Frente Nacional fue uno en el siglo XX; el segundo, se dio a raíz de los dos partidos políticos que estaban en disputa por el poder y de las masacres para la *conservatización* de Colombia. Luego esta Hidra tuvo dos frentes, que derivaron en la creación de nuevos grupos bélicos, nuevas cabezas, en lo que se conoció como violencia generalizada. En el siglo XXI, se ha hecho un acuerdo con los dos principales actores del conflicto armado, con los paramilitares y las guerrillas de las FARC; pero aparecen nuevos grupos, otras cabezas de boas como la imagen que nos ofrece el poema y que están ya emergiendo desde el cuerpo mismo. Desde las manos del escritor, aunque se habla de un hombre cualquiera, la referencia a los dedos alude también a la energía que sale de las manos en la actividad de la escritura.





En una construcción socio histórico del y la poeta, como poeta testigo (a), esta salida de cables dolorosos como dedos de las manos tiene que ver con la escritura de poemas, con la poesía misma. Todo lo colectivo se manifiesta por la peligrosidad de la palabra, como en el caso de los poetas asesinados; por el dolo que implica dar testimonio en la poesía, cargado de subjetividad y emocionalidad, de una vulnerabilidad peligrosa por el decir, de espectros y de imágenes de quienes están al margen sufriendo la guerra desde lo íntimo y lo colectivo, por condolerse, como gesto de escuchar y hacerse vulnerable. Todo ello emerge con esas cabezas de boítas, desde la imposibilidad de arrancar las extensiones que obligan al acto de escritura, aun lo que no se puede con palabras, sino que se grita. No es la guerra ahora y su monstruo que acecha al y la poeta testigo(a), sino el corazón que se extiende en los dedos, en las boas, en los artefactos de la posmodernidad: las instituciones literarias, políticas, de la justicia y todas sus transiciones y cambios que también registra y exige la aparición de estos animalesmáquinas, su imagen. El libro de Galeano, Amazonía y otros poemas es un poemario que reúne mucho de la intensidad del desplazamiento forzado hacia la Amazonía, vivido por el autor, huyendo de la guerra y presenciándola allí también en diálogo intercultural con los pueblos indígenas. El poema Boítas, tiene esa esencia mitológica que desapropia y recrea el autor a partir de la mirada de lo que implica escribir en este marco.

La imagen de este escritor, animal-cableado, cuyas extensiones están conectadas al corazón, a la memoria, al poema, alude a aquello que plantea Derrida cuando habla del erizo que hace de la poesía esa relación con un antes de la memoria, que no es la de la esencia sino la del movimiento hacia la conmoción, hacia la herida fundamental que crea la escritura en desplazamiento: oyes venir la catástrofe. Desde entonces impreso en el mismo rasgo, venido del corazón, el deseo de lo mortal despierta en ti el movimiento (Derrida 1988).

El corazón de la escritura es entonces una memoria del poeta testigo, una herida que saca los animales-cables, del cuerpo-palabra, pero no solamente una catarsis del dolor y del sentir de una época que se sobrevive desde el testimonio, sino que, con el registro de lo animal hay una nueva configuración de Estado, tal como la hay en relación con lo que se entiende por pueblo. Entendiendo la escritura como desplazamiento, este devenir animal-máquina está construyendo un imaginario de deshumanización del derecho, como lo entiende Boaventura de Sousa Santos (2012), donde prevalece una noción de los





derechos humanos interculturales; donde el eje y centro del derecho no son solo los humanos sino la naturaleza, y en este caso, también las máquinas que se inscriben allí articuladas a lo animal y a lo humano.

El planteamiento central de quienes defienden esta tesis emancipatoria es la construcción e interpretación de un mundo nuevo donde el hombre deje de ser el centro de todo para convertirse en una parte relativamente insignificante de un todo mucho más amplio: el mundo natural. En lo estrictamente jurídico, este nuevo paradigma plantea una redefinición de lo que es el derecho occidental y concretamente los derechos humanos donde el hombre no sea ya el eje de todo el sistema, sino un componente dentro de un gran sistema. (De Sousa Santos Boaventura 2012, 35)

Noto que en la producción literaria que analizo, en la poesía testimonial escrita por este(a) poeta testigo (a) un elemento común es la justicia desde la perspectiva del estado natural y la dignidad a partir del despojo. Sobrevivir en la poesía implica renombrar los lugares e imágenes del país, del pueblo y nombrar lo natural como posibilidad del después de la guerra. En el poema los niños quieren que los lleven a jugar con las boítas; en ese gesto de apretar y de extenderse es donde se vuelve amenaza para familiares y amigos y donde tratan de arrancarlas. Lo animal tiene su propio orden y lucha, su propia escritura organiza un régimen.

Es decir, un elemento en común es la imagen animal como restituyente de lo perdido, a los humanos; una vuelta que hace el imaginario, la poética pública donde se incluye la perspectiva de los derechos humanos despojados a causa de la guerra, pero reestablecidos desde la condición de la naturaleza imaginaria articulada a los afectos. Lo animal no choca con la humanización intencionada que tienen los poetas testigos como gesto de escucha; por el contrario, el volver sensible implica también reconocer el potencial de las imágenes de lo animal para reivindicar, para hacer justicia frente al despojo de un paradigma justiciero de lo humano fallido, centrado en el hombre como categoría molar. Al menos así se configura desde la imaginación pública, que propone la lengua del resto en la poesía testimonial.

En la escritura del resto, el animal sobreviviente tiene sus venas conectadas en los dedos, como boas-cables vivas. Ese corazón del que salen las boitas-cables constituye la fuerza creadora, el pathos que fluye en la escritura a pesar del marco de guerra, en la reescritura del trauma que incluso le da lugar a los des-territorializados; es la sobrevivencia, es el concepto que la desapropiación crea en todos estos poemas que interpreto. El grito del escritor cuando los demás quieren quitar las boas, lo considero





también como la potencia de la lengua resto del testimonio. Este es el gesto del poeta testigo, el de gritar su animalidad desde la cultura del corazón; su rechazo limpio frente a los medios violentos, tal como entiende Benjamin (2007), la cultura de la no violencia como opción alterna a la de tomar justicia, incluso de rebelarse por medio de la violencia.

Lo que propongo con este estudio es pensar, hacer la lectura del resto, sus movimientos y propuestas que desde lo poético buscan intervenir en lo socio histórico y desde allí recrean una lengua literaria; la construcción autoral pasa por ese proceso, porque circula en la cultura una multiplicidad de imágenes que constituyen el pueblo. El o la poeta testigo (a), asume la imagen y la inscribe en la poesía, la dota de emoción y con ello conmociona, una vez conmocionado, por eso la lectura debe pasar por lo afectivo, por lo público, por la representación. La filosofía no es la de la esencia, sino la de los acontecimientos articulados desde el resto y vueltos cuerpo en la representación. Tomar la escritura como desplazamiento implica que han quedado muchas subjetividades al margen, que se las escucha, que se las incluye en el poema, en las distintas apuestas poéticas y que se escribe con ellas un país imaginario, para asignarle no solo un estatuto de sentido desde lo sensible, sino unas posibilidades emancipatorias desde la imaginación y la poesía.

## Bibliografía

Acosta, F. 2014. Al otro lado de la guerra. Ibagué: Caza de Libros.

Agamben, G. 2000. Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Homo sacer III. Madrid: Pre-textos.

Andrade, M. C. 2009. *Circulando. Rutas poéticas de la violencia en Colombia.*Barranquilla: Travesías.

Ariza Navarro, A. 2008. *Regresemos a que nos maten amor*. Santa Marta: Secretaría de Cultura de Santa Marta.

— 2014. Oficio de pájaro. Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica. Número 19-enero-Junio.

Badiou, A. 1989. Manifiesto por la filosofía. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.





- ——. 2011. *Elogio del amor*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Badiou, A., & Corazzzi, S. 2007. *Justicia, filosofía y literatura*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Bajtín, M. 2000. *Yo también soy.* (Fragmentos sobre el otro). Mexíco: Taurus, Alfaguara S.A.
- Bartra, R. 2013. *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benavides, H. 2014. Conversación a oscuras. Medellín: Frailejón Editores.
- Benjamin, W. 2001. *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. México: Taurus.
- Bernstain, C. 2006. *La política de la forma poética. Poesía y política pública.* La Habana: Torre de Letras.
- Beverley, J. 1987. «Anatomía del testimonio». Perú: *Revista de crítica literaria latinoamericana, año XIII, No 25*.
- Bordelois, I. 2006. Etimología de las pasiones. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Buttler, J. 2004. «¡Nosotros, el pueblo!» En A. Badiou, J. D.-H. Buttler, P. Bourdieu, & J. Ranciére, ¿Qué es un pueblo?. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Cadavid, J. J. 2012. «Poesía colombiana, 1990-2012». Medellín: *Revista co-herencia*, *volumen 9 No 17*.
- Cárdenas Rivera, M. E. 2003. *La construcción del posconflicto en Colombia. Enfoques desde la pluralidad.* Bogotá: Fondo Editorial CEREC-FRESCOL.
- Carranza, M. M. 1998. *El canto de las moscas. Versión de los acontecimientos*. Bogotá: Arango Editores.
- Castro Lee, C. 2011. «La poética del trauma y la esperanza en Agua herida de Anabel Torres». *Perífrasis Revista de Literatura Teoría y Crítica Vol. 2, No 3*.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2015. *Una nación desplazada. Informe nacional de desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: CNMH UARIV.
- Chaparro, J. D. 1990. «Una generación emboscada». Colombia: *Revista puesto de combate, No 43, año XVII*.
- Chaparro, J. D. 2012. De nuevo soy agosto y otros poemas. Bogotá: El Zahir Editorial.





- Chaparro, J. D. 2016. 25 poemas por la verdad. Recuperado el 17 de 06 de 2017, de Unidad de Víctimas: https://www.unidadvictimas.gov.co/especiales/julio-chaparro/index.html
- Cobo Borda, J. G. 1980. «La tradición de la pobreza.» . En J. G. Cobo Borda, *En La tradición de la pobreza*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Cordero Villamizar, L. H. 2010. Postal de la memoria. Ibagué: Caza de Libros.
- Cote, A. 2003. *Puerto calcinado*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Colección: Un libro por centavo.
- Delgado Micán, F. 2012. Asma. Bogotá: Piedra de Toque-Poesía Ambulante.
- Derrida, J. Noviembre de 1988. *Che cos'è la poesia?* Accedido junio 30 de 2016, de Derrida en castellano: https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/poesia.htm
- Derrida, J. 1997. Mal de archivo. Una impresion freudiana. París: Editions Galilée.
- Diaz-Granados, J. L. 2016. «República de sombras»: poemas de José Luis Díaz-Granados. Accedido julio 31 de 2018, de Revista Literariedad: https://literariedad.co/2016/02/28/poemas-
- Didi-Huberman, G. 2004, 70-82. «Volver sensible/ Hacer sensible. ¿Qué es un pueblo?» En A. Badiou, J. D.-H. Buttler, P. Bourdieu, & J. Ranciére, ¿Qué es un pueblo? Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Didi-Huberman, G. 2012. *La supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Adaba Editories.
- Didi-Huberman, G. 2016. ¡Qué emoción! ¿Qué emoción? Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Esposito, R. 2003. *Communitas. Origen y destino de las comunidades.* Buenos Aires: Amorrortu.
- ——. 2012. «Inmunidad, comunidad, biopolítica». Las Torres de Lucca No 0.
- Estrada, L. 2017. Katábasis. Medellín: Tragaluz Editores.
- Foucault, M. 1996. La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa.
- Galeano, J. C. 1997. *Polen y escopetas: la poesía de la violencia en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.





- 2011a. Amazonía y otros poemas. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Colección: Un libro por centavo.
  2011b. Amazonía y otros poemas. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Colección: Un libro por centavo.
  Garcés, M. 2015. Filosofía inacabada. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
  2017. Nueva ilustración radical. Barcelona: Anagrama.
  Giorgi, G. 2014. Formas comunes: animalidad, cultura y biopolítica. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
  Gómez Mantilla, S. 2009. Rostro que no se encuentra. Cúcuta: Cámara de Comercio de Cúcuta.
  2012. El amor y la palabra. Caracas: Fundarte.
  2013. Palabras como cuerpos. Antología de poemas en memoria de Edwin López, Gerson Gallardo y Tirso Vélez. Bogotá: Épica Ediciones -Observatorio de dinámicas sociales y territoriales de Cúcuta.
- Gómez, H. A. 2013. *Memorial del árbol*. Bogotá: Premio Nacional de Poesía Obra Inédita. Tertulia Literaria de Gloria Luz Gutierrez.
- Guattari, F., & Rolnik, S. 2006. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Editora Vozes Ltda., Petropolis, Traficantes de sueños.
- Hunt, L. 2010. La invención de los derechos humanos. Barcelona: Tusquets.
- Lagos, R. 1964. Testimonio de las horas grises. Madrid: Ediciones Studium.
- López de la Roche, F. 1998. Escenarios culturales de una modernidad tardía. *Revista Nómadas*.
- Mbembe, A. 2006. *Necropolítica. Sobre el gobierno privado indirecto*. Madrid: Editorial Melusina.
- Moraña, M. 2012. Postscriptum. « El afecto en la caja de herramientas» . En M. M.-I. Prado, *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América latina*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Mouraro, L. 1998. Alegoría de la lengua materna. *DUODA Revista d'Estudis Feministes num 14*.
- Noriega, T. 2005. *Doliente piel de hombre*. Illes Balears: Lleonard Muntaner Editor, S.L.





- Núñez, F. 2016. Alarmas armadas. Ottawa: Lugar común.
- Ochoa Gautier, A. M. 2004. Sobre el estado de excepción como cotidianidad: cultura y violencia en Colombia. En A. Grimson, *La cultura en la crísis latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Osorio, Ó. 2003. Anotaciones para un estudio de la novela de la violencia en Colombia. *Poligramas No 19*.
- Pardo, H. 2016. Los días derrotados. Calarcá: Cuadernos Negros.
- Paz, O. 1956. El arco y la lira. México: Fondo de Cultura Económica,.
- Pécaut, D. 2001. Reflexiones sobre la violencia en Colombia. En A. P. V. M. Estrada D. Henao Restrepo, *En Violencia, Guerra y Paz: Una mirada desde las ciencias humanas*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Pécaut, D. 2001. Reflexiones sobre la violencia en Colombia. En M. V. Estrada, D. Henao Restrepo, & A. Papachini, *Violencia, Guerra y Paz: Una mirada desde lass ciencias humanas*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Rancière, J. 2005. *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Rancière, J. 2011. Política de la literatura. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Rivera Garza, C. 2013. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación.* . México: Tusquets.
- Rivera Garza, C. 2015. Dolerse. Textos desde un país herido. México: Surplus.
- Rodríguez, N. 2002. El bosque de los espejos. Bogotá: Colibrí Ediciones.
- Romero Guzmán, N. 2015. Música Lenta. Medellín: Frailejón Editores.
- 2016. *Animal de oscuros apetitos*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia. Colección: Un libro por centavo.
- Romero, V. 2015. Seré tu voz. Ibagué: Caza de libros.
- Sánchez Gómez, G. 2018. «Testimonio, Justicia y Memoria. Reflexiones preliminares sobre una trilogía actual». *Estudios Políticos (Universidad de Antioquia)*, 53.
- Santos, B. D. 2012. *Derecho y emancipación*. Quito: Centro de Estudios y Difusión del Derecho Constitucional (CEDEC).
- Segato, R. L. 2016. La guerra contra las mujeres. Madrid: Traficantes de Sueños.





- Serje, M. 2012. «El mito de la ausencia del estado: la incorporación económica de las "zonas de frontera" en Colombia». *Cahiers des Ameriques Latines*, 71.
- Torres, A. 2000. Poemas de la guerra. Barcelona: Árbol de Papel.
- Urbanski, E. S. 1965. «La realidad hispanoamericana en la poesía testimonial.». Actas II. AIH. España: Centro Virtual Cervantes.
- Uribe, M. V. 2004. Antropología de la inhumanidad. Bogotá: Norma.
- Uribe, M. V. 2009. *Recordar en conflicto: iniciativas no oficiales de memoria en Colombia*. Bogotá: Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ).
- Valcke, C. 2011. *Soportar la Joroba*. Cali: Universidad del Valle.Colección: Las ofrendas.
- Vargas Carreño, H. 2014. Tempus. Bogotá: Ediciones Exilio.
- Vélez, T. 2018. Poemas perseguidos, ciudad de sombras. Bogotá: Épica Ediciones.
- Vivas, S. 2001. Reflexiones sobre la poesía y la guerra. Bogotá: Revista ASAB, Vol. 3.
- Vivero Marín, C. E. 2008. El cuerpo como paradigma teórico en literatura. Guadalajara: *La ventana vol.3 no.28*